

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 13 de Marzo de 1880.

LA MARINA DE GUERRA.

—o—
ESTUDIOS HISTÓRICOS
XV.

Cerramos el anterior artículo apuntando la pérdida de una galera por efecto de un temporal, y brindamos el presente con otra, todavía más sensible, también bajo una desecha borrasca, cual fué la de cinco buques de guerra que se hundieron en el océano con sus tripulaciones compuestas de mil cuatrocientos hombres (1682). Ya antes de estos sucesos, había experimentado nuestra marina la de siete de sus mejores navios sobre las costas de Sicilia en otra tormenta, los cuales formaban parte de la escuadra del Príncipe de Montecarlo.

Aquí D. Pedro Fernández Navarrete, cuyo navio dispersó el temporal del grueso de las fuerzas, contrajo especial mérito defendiéndose de otros dos franceses, que al verle solo le atacaron, á los cuales dejó muy mal parados.

De esta manera, el hombre y los elementos iban concluyendo con nuestro poder flotante. Su decadencia y abandono llevó en mil seiscientos ochenta y cuatro al Capitán general de la armada del Océano á representar al Rey acudiese al remedio de tal estado. Hé aquí el de las fuerzas navales que por entonces había.

Armada de España.	
Capitana Real	74 cañones.
La Almiranta	74 id.
Los tres Reyes	74 id.
San Diego de Alcalá	72 id.
Nuestra Señora de Atocha	66 id.
Santo Tomás de Vi- lanueva	60 id.
San Bernardo	60 id.
San Ignacio	44 id.
Santa Teresa	36 id.
San Agustín	36 id.
Escuadra de Flandes.	
Almiranta Real	70 cañones.
San Carlos	70 id.
San Pedro de Alcán- tara	66 id.
San Gerónimo	60 id.
D. Juan de Austria	52 id.
Santo Domingo	52 id.
San Carlos	52 id.
El Sacramentado	36 id.
Naos de flotas.	
Capitana	56 cañones.
Almiranta	48 id.
Garay	60 id.
Aguirre	60 id.
Señ	44 id.
La Urca	58 id.
Blanco	46 id.
Patache de flota	38 id.

Total: veintisiete buques, con mil cuatrocientos cañones. Esta era la Armada que España tenía para hacer frente á sus enemigos; y ya que le hubiese servido siquiera para defender sus costas en la vasta estension de sus dominios, pero la mayor parte de ellos se hallaban arrumbados en los puertos por falta de carena. No se concibe como una nacion esencialmente marítima, y con tantos intereses esparcidos por todos los mares, se diera á guerras, que habían de refluir siempre en daño suyo por la debilidad de su poder flotante; ó en la imprescindible necesidad de aceptarlas, que no compartiese su atencion y sus sacrificios entre arcabuces y navios.

No así hubiéramos visto á la arrogancia francesa atreverse á pedirle el saludo á sus escuadras, cual intentó del Almirante D. Honorato Bonifacio Papachino, en aguas de Alicante, el Caballero de Tourville, lo cual dió lugar á una encarnizada lucha de tres horas que supieron sostener con valeroso empuje los dos navios españoles contra la escuadra francesa (1688.)

¡La España saludar á la Francia! ¡La altiva España; aquella que llegó á decir por boca de Roger de Lauria, que flota ni nave alguna había de atreverse á andar por la mar sin licencia de su rey, y que hasta los mismos peces, si querían levantar la cabeza sobre las aguas, habían de mostrar las armas de Aragon en un escudo, ó serian castigados como rebeldes á su Señor y amor! Esto dijo el célebre marino; y cuenta que la Francia, á cuyo embajador iban dirigidas tan fieras amenazas, no era inferior en fuerzas de mar á las de España; pero entonces reinaba en Aragon D. Pedro III, el hijo y digno sucesor de D. Jaime el conquistador, y ahora en Castilla D. Carlos II el hechizado.

El hecho de que hemos hablado nos trae á la memoria otro semejante de un buque inglés que hizo fuego á otro francés para obligarle á rendir homenaje á su pabellon, lo cual hizo decir á Richieleu, lamentándose de que por falta de Marina no había podido obtener de Enrique IV la satisfaccion de tal agravio, que «atravesando los cañonazos el buque, atravesaron también el corazon de los buenos franceses.» Del mismo modo, nosotros pudiéramos decir aquí, á imitacion del ministro francés, que *atravesando los cañonazos nuestros navios, atravesaron también el corazon de los buenos españoles.*

Pero no paró aquí el sonrojo para nuestra proverbial altivez; todavía vimos á Carlos II mendigar á esa misma Francia algunos buques de guerra con que poder ahuyentar á los corsarios argelinos del Cabo de

San Vicente; y gracias que lo hubiera obtenido; pero tras del sonrojo, el desden. Luis XIV se escusó con la promesa que tenía hecha á los argelinos de dejarlos en paz. Lo único á que condescendió fué á que se pusieran nuestras flotas de América bajo el respeto de su pabellon para evitar el que fuesen presas de aquellos.

Hé aquí la carta que á tal obgeto, escribió el monarca francés de su puño y letra á su embajador en Madrid, (21 Setiembre 1698.)

«Envío órdenes al conde de Estrees de preparar las diez naves que se os han pedido; conducir las el mismo ó ponerlas al mando del caballero Coetlogon, para que salga al encuentro de la flota que esperan los españoles, tan luego como le hagais conocer que el rey de España lo desea. Al mismo tiempo le advierto que si encuentra los buques de Argel, cuando se haya reunido á la flota de España, declare al comandante que estando mis súbditos considerablemente interesados en ella, espero que los argelinos no la inquietarán en su paso; y que si lo intentan no deberá sufrir que mis súbditos experimenten semejante perjuicio á la vista de mi pabellon. Le ordeno, sin embargo, no atacarlos primero, sino esperar que sean ellos los agresores, si es que tienen esta temeridad.»

Tales consideraciones y miramientos merecian á la Francia los eternos enemigos de la Cruz, de la humanidad y de la civilizacion. Puede juzgarse, al mismo tiempo por el contexto de la anterior epístola, cual sería el número y estado de nuestras fuerzas de mar, cuando así se dejaba á los piratas llegar osadamente para robarnos los caudales, á nuestras mismas costas.

Con efecto: la intranquilidad había llegado á ser en ellas como su estado normal; si la necesidad alejaba alguna vez á sus moradores de las playas, llevaban la persuasion de que iban á arrostrar un riesgo conocido. No ya las playas; sus mismos hogares dejaron de ser asilo seguro de la piratería africana, para quien no había santidad de albergue, edad, condicion, ni sexo que respetare: todo era bueno á su sed insaciable de rapiña.

Y cuenta que tales agresiones, tenían lugar muchas veces á la vista misma de nuestras galeras, á quienes su mucho calado y tardos movimientos, debidos á la pesadez de sus elevadas popas, obligaban á permanecer alejadas de la tierra; al paso que las galeotas enemigas, ligeras como gacelas, é impulsadas por diestros é infatigables remeros podían aterrarse hasta hacer descansar sus quillas sobre la arena; solo así les era dado atracar á los mismos muelles, con entera seguri-

dad de no ser molestadas de la parte del mar; y aun en sus encuentros con aquellas, las mismas condiciones diferenciales les aseguraban su salvacion en la fuga.

Las poblaciones lejanas del mar tampoco podían adormirse tranquilas; más de una vez turcos y berberiscos remontándose por el Ebro, el Júcar y el Segura llegaron á saquear pueblos situados diez leguas tierra adentro; y momento hubo que la España llegó á temblar ante la idea de otra catástrofe parecida á la de Guadalete, ó cuando menos de una reproduccion de los tiempos de *Aja-ja, Morato Ruez, Dall-Mamoi, Acan Agá y Cigala.*

«Nada se sabe de Orán, escribía á su Rey el embajador francés (7 octubre 1688) y es grande la ansiedad pública, pues si perdieran los españoles esta plaza y algunas otras menos importantes que tienen en el Estrecho, podrían volver los moros con más facilidad que antes. Está el país tan despoblado por aquella parte; hay tan poco orden y disciplina para resistir...»

De seguro que si la importante plaza de Orán hubiera caído en poder de los mauritanos, la España hubiera tocado prácticamente los augurios del embajador francés. Pero afortunadamente, la Providencia había dispuesto las cosas de otro modo; y el ábrego marmuró en torno de los angustiados espíritus un cántico de victoria que hizo renacer la calma y la confianza. Orán se había salvado una vez más del poder mahometano.

Mas ¡ay! la victoria de Orán, si grande y decisiva en el valor de las circunstancias, no llevó para lo sucesivo otras ventajas que asegurar nuestra dominacion en aquella parte de la Mauritania, y quitar á los muslines toda esperanza de volver á la posesion de su perdido paraíso; nuestras aguas habían de continuar por muchos años, siendo el campo de las correrías de sus corsarios. Para destruir este bandolerismo marítimo, era preciso barrer sus guardias; pero faltaba un Carlos I, ó un Gimenez de Cisneros y un Conde Pedro Navarro, y la gloria de tal empresa quedó reservada para los descendientes de San Luis.

Por otra parte, el ejercicio de la piratería formaba entre los berberiscos como su modo de ser; era una necesidad nacida de su habitual indolencia y de una codicia insaciable, que alimentaban en el merodeo no era, pues, de esperar que abandonasen tan lucrativo sistema; tanto valdría pretender que el tigre ó el chacal renunciase á sus instintos.

Todavía, algunas derruidas atalayas levantadas por la precaucion á lo largo de nuestras costas están